

La mejor animalada



Cuento

Cuentos con valores similares

- [La terrible invasión inminente](#)
- [El reto matemático de los tres cerditos](#)
- [El robot desprogramado](#)

Hace mucho, mucho tiempo, **nada más terminar de crear el mundo**, Dios decidió tomarse un día de vacaciones. Como los animales estaban recién hechos y aún no sabían qué tenían que hacer, no se les podía dejar solos, y Dios buscó un angelito que pudiera cuidarlos. Y, aunque era un poco desastre, **el angelito Perico tenía tantas ganas de estar con los animales**, e insistió tanto, que Dios decidió encargarle el trabajo.

- Asegúrate de que se vayan a dormir antes de que anochezca, y de que estén despiertos al amanecer ino podemos dejar la tierra vacía! -fue el único consejo.

El angelito Perico, lleno de alegría, **bajó a la tierra y se puso a jugar con los animales durante todo el día**. Tan contento estaba, que ya casi era de noche cuando recordó que tenía que acostar a los animales.

- Venga chicos, ¡deprisa! Todos a dormir.

- ¿Y dónde dejamos nuestras piezas? -preguntaron. **Y es que llevaban tan poquito tiempo con ellas**, que aún no se habían acostumbrado a dormir con orejas, picos, rabos, garras, hocicos o patas, **y se los quitaban para ir a la cama.**

- Pufff... no sé... bueno, dejadlo todo ahí junto en un montón. Venga, deprisa, que se hace de noche - **respondió impaciente el angelito Perico.**

Justo antes de que se apagara el último rayo de sol, todos los animales estaban acostados.

- Uy, qué poquito ha faltado. De buena me he librado- pensó el angelito, y se fue a dormir, completamente agotado.

Estaba a punto de amanecer cuando se levantó. Y deprisa y corriendo despertó a los animales.

- Vamos, ¡arriba! Tenéis que poneros vuestras piezas y estar despiertos antes de que sea de día.

Los animales, adormilados, **se fueron acercando a la gran montaña de orejas**, dientes y patas para vestirse. Pero todo estaba tan liado, y tenían tanta prisa, **que no había forma de que cada uno encontrara lo suyo**, y cada animal tomó lo que pudo y se lo puso rápidamente.

Otra vez acabaron justo a tiempo, y el angelito Perico, aliviado, se fue a desayunar.

Aún no había terminado cuando apareció llorando un conejito. Se quejaba de que le habían dado tres mordiscos en poquísimo tiempo.

- ¿Y por qué no sales corriendo antes de que te ataquen? - le dijo el angelito- ¿No tenéis los conejos unas grandes orejas para oír a vuestros enemigos antes de que se acerquen?

- ¿Y esto te parece grande? - **dijo el conejito señalando sus minúsculas orejitas de rana.**

- ¿Y por qué llevas unas orejas que no son las tuyas?

- ¡Porque esta mañana no había quien encontrara nada en un montón tan grande de piezas! - interrumpió un cocodrilo furioso - **Yo he tenido que ponerme estos dientes de castor y ahora todos se ríen de mí porque no puedo cerrar la boca.**

- No te quejes -dijo un terrible león - más risa dan mis patitas de pingüino.

Y así siguieron llegando animales con miles de problemas: un mono con trompa, un erizo con plumas, **un pájaro con caparazón de tortuga...**

Entonces el angelito se dio cuenta de que no había sido buena idea hacer las cosas con tan poco tiempo, y dejarlo todo amontonado. Y reuniendo a los animales, les contó su solución:

- A partir de ahora, **dejaremos de jugar media hora antes para que cada animal pueda irse a un sitio distinto y allí tenga tiempo de colocar bien sus piezas.** Y en vez de dejar todas las piezas juntas, las

separaremos en grupos pequeños: picos con picos, orejas con orejas, garras con garras, y así con todo.

Aquella tarde, media hora antes de anochecer, **los animales se separaron y cada uno buscó el sitio que más le gustó**. Los peces se fueron al mar, los pájaros a los árboles, los animales salvajes a la selva, **los pingüinos al polo... y dejaron sus piezas en montoncitos tan pequeños y ordenados que al día siguiente no tardaron nada en encontrarlas y vestirse con ellas**. Y cuando al amanecer regresó Dios, todo estaba perfecto.

- ¿Qué tal ha ido todo, Perico? ¿Algún problema?

El angelito Perico, **que aunque era un poco desastre también era muy sincero**, juntó todo su valor para contarle a Dios todo lo que había pasado y el lío que había montado. Pero resultó que a Dios le encantó la solución de su angelito, y que cada animal estuviera en un sitio diferente y especial. Y tanto le gustó el nuevo orden que tenía todo, que decidió regalar a Perico y los demás angelitos una pieza de su animal favorito.

Y así fue cómo el angelito Perico, al que le encantaban los pájaros, consiguió las más preciosas alas para todos los ángeles del mundo.

Pedro Pablo Sacristan